

EDAD MEDIA

Primera época.—La dominación visigoda

1.—HISTORIA POLÍTICA EXTERNA

88. Los Bárbaros.—Ya hemos visto, en párrafos anteriores, las luchas que principalmente desde el siglo III tuvieron que sostener los romanos contra la multitud de pueblos que ellos llamaban *Bárbaros* y que constantemente invadían ó amenazaban las fronteras N. del Imperio, más allá de las cuales vivían. Los romanos designaron también á estos pueblos con el nombre común de *Germanos* (y al país ocupado por ellos, al N. del Rin y del Danubio, con el de *Germania*), que en idioma celta (es decir, de los habitantes de las Galias) significa «vecinos», porque lo eran, en parte, de los Celtas. Ellos, sin embargo, no constituían una nación única, sino que estaban divididos en grupos independientes, que, á su vez, comprendían otras agrupaciones menores, también independientes en el orden político. Así, el grupo llamado de los Godos comprendía, además de los Godos propiamente dichos, á otros muchos pueblos como los Vándalos, Gépidos, Hérulos, Rugos, etc.

Las primeras noticias que hay de estas gentes proceden de un navegante griego, Pyteas, que en el siglo IV antes de J. C. visitó, al parecer, las costas del Báltico. Desde entonces, hasta

la época á que ahora nos referimos, se habían producido en ellas muchos cambios, tanto en los sitios que cada grupo ocupaba, como en sus costumbres. Al principio vivían errantes, ocupándose en la caza y el pastoreo, sin habitaciones fijas. Luego se fueron estableciendo permanentemente, formando aldeas ó pequeños pueblos, cuyas casas eran tiendas de campaña ó carros, y dedicáronse á la agricultura. Por último, el



Fig. 56.—Tipo de germano, según relieve antiguo.

trato frecuente con los romanos les fué civilizando, y hacia fines del siglo I empezaron á construir verdaderas poblaciones, con casas de ladrillo rodeadas de una pequeña huerta, habitando una familia en cada casa.

Los Germanos eran, por lo general, de elevada estatura, robustos y rubios. Los hombres se dedicaban preferentemente á la guerra y la caza, dejando á las mujeres y á los siervos el cultivo de los campos. Llevaban largo el cabello, teniendo esto como símbolo del hombre libre, y vestían ligeramente, consistiendo su prenda principal en un manto de lana fuerte sujeto al hombro; el calzado era de cuero y de lana las medias. Las mujeres

usaban túnica de lino sin mangas, que dejaba descubierta la parte superior del pecho; y tanto ellas como los hombres, gustaban adornarse con joyas de piedras preciosas, metales y vidrio. Las armas de los guerreros eran, en los primeros tiempos de sus relaciones con Roma, hachas, martillos, cuchillos y espadas de piedra, ó de madera endurecida al fuego, rara vez de metal, y para defensa se cubrían con casco, coraza y escudo de madera. (Testimonio de Tácito: siglo I de J.)

Respetaban y estimaban mucho á la mujer, á quien creían investida de la facultad de prever lo futuro. La familia era para ellos el centro social, y la agrupación de familias procedentes de un mismo tronco (linaje) formaba una entidad poli-

tica independiente, que los autores latinos llaman *civitas*, ó nación. En unas naciones había rey, que elegían los hombres libres reunidos en asamblea ó junta; y en otras era ésta misma quien gobernaba, nombrando á los funcionarios públicos que convenía.

Las expediciones guerreras de invasión ó avance las hacía toda la nación en masa, hombres y mujeres, que viajaban en grandes carros, los cuales les servían á veces de fortaleza. De modo, que sus invasiones no eran sólo las de un ejército, sino que representaban la emigración de todo un pueblo.

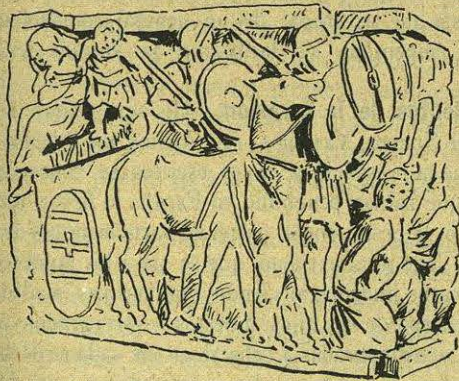


Fig. 57.—Carro germano, según relieve de un sarcófago del siglo III.

En punto á religión, adoraban á varios dioses personificación de fuerzas naturales, y las ceremonias de su culto parecíanse en muchas cosas á las de los iberos españoles. Pero bien pronto, en especial los Germanos que vinieron á España, se convirtieron al cristianismo.

89. Primeros germanos que entran en España.—De todos los pueblos germánicos, sólo algunos tienen relación directa con la historia de España, siendo los primeros los Suevos, Vándalos y Alanos.

Los Suevos habían querido desde muy remota fecha entrar en las Galias, y por esto lucharon ya con César, que los venció; los Vándalos también sostuvieron guerras con los romanos

desde fines del siglo II, hasta que á principios del V emigran, de los territorios de Hungría que ocupaban, hacia el Rhin, en compañía con los Alanos; poco después, en el camino, se les unió un grupo de Suevos. Todos juntos atravesaron el Rhin, no sin luchar con los Francos, que ocupaban las orillas, y entrando en las Galias las devastaron por espacio de tres años, intentando también penetrar en España; pero dos jefes españoles de la familia de Teodosio, llamados Dídimo y Veriano, al frente de un ejército de colonos y siervos—al decir de un historiador contemporáneo,—consiguieron rechazarlos esta vez. Continuaron entonces recorriendo la parte S. de las Galias, hasta que las tropas de un general romano sublevado contra el emperador les facilitaron la entrada en España (año 409).

90. Efectos de la invasión.—He aquí cómo describe la invasión de Suevos, Vándalos (1) y Alanos un escritor español (Idacio) que la presencié y cuyos escritos se conservan: «Los Bárbaros que habían penetrado en España lo llevan todo á sangre y fuego: la peste, por su parte, no hacía menores destrozos... El hambre llegó á tal extremo, que se vió á los hombres alimentarse con carne humana, sirviendo á las mismas madres de alimento el cuerpo de sus hijos, muertos y preparados por ellas. Las fieras, acostumbradas á cebarse en los cadáveres hacinados por el hambre, la guerra y las enfermedades, que hacían estrago aún en los hombres más vigorosos, iban acabando lentamente con el género humano... Desoladas las provincias españolas por este cúmulo de plagas, y convertidos los Bárbaros á deseos de paz por la misericordia divina, se repartieron por suerte el territorio provincial. Los Vándalos y los Suevos ocupan á Galicia, situada en la extremidad del Océano, los Alanos la Lusitania y Cartaginense, y los Vándalos llamados Silingos, la Bética.»

No se crea por esto que los Bárbaros citados ocuparon toda España, ni aun toda la extensión de las provincias que menciona el escritor á quien acabamos de copiar. Quedaron gran-

(1) Algunos autores mencionan también á los Silingos, pero éstos no eran más que una subdivisión de los Vándalos.

des extensiones de terreno en poder de los hispano romanos, y especialmente muchas ciudades fuertes y castillos, donde se refugió la población para defenderse. En conjunto, España siguió dependiendo de los emperadores romanos, que tenían aquí tropas y que lucharon contra los Bárbaros invasores durante algún tiempo, como veremos. No obstante; la debilidad del Imperio, que carecía de fuerzas suficientes para acudir á todos los puntos amenazados por las invasiones germánicas, y el descuido en que hubo de quedar la administración de las provincias por atender más á las urgencias de la guerra y á las contiendas políticas de los aspirantes al trono en Roma, hicieron que en España, como en otras regiones, se aflojasen los lazos con la metrópoli y se crearan núcleos semi-independientes, dirigidos por los nobles y grandes propietarios hispano-romanos, y quizá también por algunos de la antigua nobleza indígena.

Tal era la situación de España cuando empieza á intervenir en su historia otro pueblo germánico procedente de la nación de los Godos.

91. Los Godos.—Constituían un pueblo numeroso que, en un principio de su estancia en Europa, se supone habitó la Escandinavia y parte de la Prusia actual, dividido en dos grupos, situados respectivamente á orillas opuestas del mar Báltico; de donde les vendrían los nombres de Visigodos (Godos del Oeste) y Ostrogodos (Godos del Este); derivación no aceptada por todos los autores. Desde allí emigraron, á comienzos del siglo II; y adelantándose á tierras de los romanos, comenzó la lucha con éstos, en la parte N. del Mar Negro, en Asia Menor y en Macedonia. Al cabo, consiguieron que se les concediese en propiedad un extenso territorio al N. del Danubio, entre este río y el Theiss, donde se colocaron en el año 270, tomando la región el nombre de Gotia. Las relaciones con los romanos, á pesar de esta concesión, no fueron siempre cordiales en adelante; unas veces, los Godos tenían el carácter de aliados y auxiliares, y otras veces luchaban contra las tropas del Imperio. Hacia fines del siglo IV, empujados por otro pueblo bárbaro, los Hunos, lograron pasar el Danubio muchas tribus visigodas y ocupar terrenos de la orilla derecha, que les concedió el emperador de Constantinopla, no sólo para que se esta-

bleciesen, sino también para que defendieran la frontera. A pesar de esto, nuevamente se produjeron luchas entre Godos y romanos, de las cuales resultó que aquéllos se apoderasen en pleno dominio de todas las provincias del N., hasta el Danubio.

Durante este tiempo, la civilización de los Godos experimentó grandes variaciones. Su continuo roce con los romanos les hizo aficionarse á la cultura de éstos, de la cual tomaron mucho, dulcificando y mejorando en parte sus primitivas costumbres. De estas influencias, la mayor y más trascendental fué el cambio de religión. Los Godos se hicieron cristianos, contribuyendo



Fig. 58.—Piedra con inscripción en runas ó escritura germana antigua.

especialmente á ello las predicaciones de un hombre eminente que ejerció gran influjo sobre su pueblo.

92. Ulfilas.—Parte de los Godos pertenecía ya á la religión cristiana á principios del siglo iv, puesto que en el Concilio de Nicea figura un obispo de ellos (año 325). Poco después aparece Ulfilas, descendiente de una familia cristiana del Asia Menor, el cual evangelizó especialmente á los Visigodos de la Mesia, Dacia y Tracia, imponiéndose por su

gran talento y cultura y siendo elegido obispo hacia el año 348. Ulfilas intervino en las luchas políticas que dividían á los Visigodos, y acrecentó así su influencia. A la vez trabajó para desarrollar la cultura de aquel pueblo, traduciendo la Biblia á la lengua goda, y modificó (adoptando caracteres griegos) la escritura germánica, llamada *runica*, de la voz «runa» con que se designaba á las letras y que literalmente significa, según se cree, «secreto ó misterio»; con lo cual parece indicarse el supersticioso terror con que miraban los Godos el arte de escribir, teniéndolo como especie de virtud milagrosa. Merced á los trabajos de Ulfilas, el idioma godo sufrió algunas variaciones, ganando en dulzura y majestad.

No paró aquí la influencia de Ulfilas, sino que tuvo más trascendentales efectos en materia religiosa. Las predicaciones hechas por él en un principio habían sido de carácter ortodoxo, conforme con el dogma de Nicea (§ 70); pero á fines del siglo iv intervino Ulfilas con el emperador de Constantinopla para que dejase pasar el Danubio á los Visigodos, á quienes empujaban y atacaban los Hunos; y, siendo una de las condiciones que el emperador impuso, la conversión al arrianismo de los Bárbaros, Ulfilas se dejó vencer, aconsejó la conversión á los Visigodos y éstos se hicieron arrianos.

El arrianismo era una secta cristiana herética, que negaba la consustancialidad del Verbo con el Padre, el misterio de la Trinidad y otros dogmas de la Iglesia de Roma. La influencia de este cambio sobre la historia de los Visigodos fué muy grande, según veremos.

93. Los Visigodos en las provincias romanas.—De los dos grandes grupos del pueblo godo, el que más pronto se civilizó y se mezcló con los romanos fué el Visigodo. En el tiempo durante el cual vivieron ambos en la orilla izquierda del Danubio, los Ostrogodos formaron un reino único bastante poderoso, aunque sólo de su grupo, pues los Visigodos continuaron divididos en pequeños Estados, gobernados unos por reyes y otros por jueces. Cuando los Hunos atacaron la Gotia, los Ostrogodos se les sometieron, y los Visigodos, como hemos visto, pasaron á tierras romanas del otro lado del Danubio. Desde entonces empieza á formarse en ellos cierta unidad política, determinada por los propósitos conquistadores que se desarrollaron en aquel pueblo. Movidos por ellos, los Visigodos, guiados por uno de sus jefes, gran general, llamado Alarico, guerrearon primero contra los romanos de Oriente y luego contra los de Occidente, invadiendo la Italia por tres veces y apoderándose en la última de Roma (24 Agosto, 410). A poco murió Alarico y le sucedió en el mando de los Visigodos otro jefe llamado Ataulfo, el cual, aunque en un principio tuvo el plan de destruir por completo el imperio romano y fundar uno gótico, convencido de lo difícil de esta empresa evacuó la península italiana y se dirigió á las Galias. Desde allí intervino en las luchas de los aspirantes al imperio romano, tomando el partido del emperador

Honorio, que, al fin, venció á sus rivales y con el cual firmó Ataulfo un tratado en cuya virtud aquél autorizó á los Visigodos para permanecer en las Galias bajo la dependencia del Imperio y á título de aliados ó auxiliares. Ataulfo se obligó á devolver á Gala Placidia, hermana del emperador, que hizo prisionera Alarico al entrar en Roma y con la cual se casó luego.

94. Los Visigodos en España.—El establecimiento de los Visigodos en las Galias fué el principio de su organización como reino y Estado permanentes. Ataulfo contribuyó mucho á este fin, siendo el verdadero fundador del poder político de los Visigodos. El pueblo todo, además, se dejó influir rápidamente por la civilización romana, con la que estaba en contacto continuo, no sólo por las relaciones con los emperadores, sino también por la mezcla con la población romana del S. de las Galias.

Ataulfo, sin negar ostensiblemente su dependencia del Imperio, comenzó la conquista definitiva del territorio, apoderándose de Narbona, Tolosa y Burdeos, poblaciones importantes que le dieron la posesión de todo el S., ó sea de las regiones que se llamaban Galia Narbonense y Aquitania.

El emperador Honorio trató entonces de expulsar á los Visigodos, sin conseguirlo; y Ataulfo, privado de recursos por mar, cuyas costas tenían los romanos, é impulsado, bien por la falta de subsistencia (que los romanos habían dejado de enviar, no obstante hallarse obligados á ello por el tratado), bien por la acción militar del conde Constancio, que le arrojó de Narbona, se decide á penetrar en España, atravesando los Pirineos orientales y apoderándose de Barcelona, después de luchar con los Vándalos. Así entran por primera vez en la Península los Visigodos (año 414), cinco años después que los Suevos, Vándalos y Alanos.

95. Los Visigodos como aliados del Imperio.—Ataulfo gozó poco tiempo de sus conquistas. Su afición á las costumbres romanas y el propósito que parece tuvo de imponerlas á su pueblo, rechazando las genuinamente góticas, disgustaron á los Visigodos; y á este disgusto se debió, quizá, el asesinato de Ataulfo cometido en Barcelona, en 416. Le sucedió en la jefatura Sigerico, partidario de la tradición goda contra las influencias romanas; pero su carácter cruel hizo que le destronaran

pronto; eligiendo en su lugar á Valia, uno de los reyes que más significan en la historia de los Visigodos, continuador de la política romanizante de Ataulfo, aunque con reservas y transacciones que éste no supo realizar.

Valia restablece las relaciones políticas con el Imperio. Honorio negoció con él los términos de una avenencia, obligándose á facilitarle medios de subsistencia para el pueblo y concediéndole el territorio de las Galias que había conquistado Ataulfo; con lo cual, ya tuvieron los Visigodos un título ó fundamento jurídico de su dominación. En cambio, ellos se comprometieron á guerrear contra los Suevos y demás germanos que ocupaban á España, para reconquistar la Península en provecho del Imperio y como aliados de éste. Valia renunció á la posesión de Barcelona y otras poblaciones españolas de que se había apoderado Ataulfo, y se estableció en la Aquitania, tomando por capital á Tolosa (de Francia), que siguió siéndolo del reino visigodo hasta principios del siglo vi. De modo, que el territorio visigodo en este tiempo era puramente ultra-pirenaico, francés, que diríamos ahora, sin comprender nada de España (1). La intervención en ésta de los Visigodos fué por entonces sólo á título de aliados de Roma; condición que mantuvieron hasta el año 456, en que empiezan á declararse independientes del Imperio, obrando por cuenta propia.

96. Guerras en España.—Valia, de conformidad con el tratado hecho con Honorio, comenzó á pelear contra los Suevos, Vándalos y Alanos. Resultado de estas luchas fué el vencimiento de los Alanos, con muerte de su rey Atax, y el de los Vándalos Silingos que ocupaban la Bética, cuyo monarca, hecho prisionero (año 417), envió Valia á Honorio como trofeo de guerra. Los Alanos, no pudiendo sostener su independencia, hubieron de fundirse con los Vándalos de Galicia bajo la jefatura del rey de éstos, Gunderico. De esta manera, gran parte de la Península volvió á reconocer el dominio del Imperio.

Poco después surgió guerra entre los Suevos y los Vándalos,

(1) En las Galias llegó á comprender íntegramente la primera Narbonense, las dos Aquitanias y la Novempopulania, y en parte la tercera Lionense, la Vienense, la segunda Narbonense y los Alpes marítimos, es decir, el S. y Centro O. de Francia.

únicos pueblos germánicos que quedaban en España con poder político. Llevaron la mejor ventaja los primeros, de tal modo que los Vándalos hubieran sido destruidos por completo, á no mediar en la contienda los más elevados representantes de la Administración romana en la Península, el conde Asterio y el subvicario Maurocelo. En virtud del arreglo que se hizo, los Vándalos abandonaron los territorios del NO. que ocupaban, y se trasladaron á la Bética, donde estuvieron antes los Silingos (420).

97. Teodoredo.—Un año antes, en 419, murió Valia y fué elegido rey de los Visigodos Teodoredo, quien trabajó por consolidar la dominación en las Galias y por asegurar el porvenir de su pueblo contra la veleidad de los emperadores. Siguió al principio en buena relación con éstos, ayudándolos en nueva guerra contra los Vándalos de España (año 422), relación que se rompió momentáneamente por haber Teodoredo intervenido en la lucha entablada entre el emperador Valentiniano III y un general romano (Juan) que quería usurpar el trono. Teodoredo aprovechó la coyuntura para apoderarse de varias ciudades del SE. de las Galias, pero tuvo á poco que renunciar á estas conquistas, que habían despertado el recelo de los romanos. Vuelto á la alianza con éstos, guerreó nuevamente (247) contra los Vándalos, que dos años antes habían desembarcado en las Baleares, destruido á Cartagena y Sevilla, y pirateado en la Mauritania. A la sazón había muerto el rey vándalo Gunderico y le sucedía Gaiserico, hombre de ánimo esforzado y de gran alcance político. El cual, como viese que sería más ventajoso para su pueblo establecerse en el N. de África (Mauritania) donde la desunión de los generales romanos y las frecuentes acometidas de los Moros hacían poco temible la resistencia de las tropas imperiales, se trasladó allá con todos sus súbditos, que, incluyendo las mujeres y niños, no excedían de 80,000 (año 429).

Quedaban sólo en España los Suevos, quienes poco á poco ensanchaban sus dominios del NO., conquistando las plazas fuertes que aun conservaban allí los hispano-romanos (430). A pesar de varias gestiones hechas para obtener la paz, los Suevos siguieron saqueando las regiones de Galicia habitadas

por aquéllos, hasta que en 438 los derrota el general romano Andevoto.

Teodoredo no desaprovechaba, entretanto, ocasión para lograr ventajas. De sus atrevimientos resultó guerra con el Imperio, cuyos generales atacaron con fortuna las posesiones visigodas de las Galias. Al cabo se hizo la paz, y los Visigodos volvieron á ser auxiliares de los romanos en nueva lucha con los Suevos (446), aunque esto duró poco, porque Teodoredo abandonó el partido romano y se alió con Suevos y Vándalos, casándose el rey de los primeros con una hija de Teodoredo, y con otra el de los Vándalos.

La presencia de un enemigo común, los Hunos, que ya habían amenazado á los Godos en el Danubio, y que ahora se presentaban en las Galias al mando de un famosísimo jefe llamado Atila, hizo que Visigodos y Romanos (éstos mandados por el general Aetio) volvieran á unirse. Juntos ambos ejércitos con otra porción de pueblos auxiliares (Borgoñones, Francos, Sajones, etc.), presentaron la batalla á Atila, á quien ayudaban diferentes grupos germánicos, y lograron vencerlo en las inmediaciones de Châlons-sur-Marne (Campos Cataláunicos). Teodoredo, que luchó valientemente, fué muerto en esta batalla (451).

Elegido rey un hijo de Teodoredo llamado Turismundo, reinó sólo tres años, siendo asesinado por sus hermanos Teodorico y Alarico ó Federico, sin que nos sean conocidas las causas de este crimen. Teodorico ocupó el trono y conservó al principio la alianza con los Romanos, en cuyo nombre guerreó contra los Bagaudas (§ 66) que infestaban entonces la Tarraconense, vencéndolos por completo.

Poco después intervino en el nombramiento de emperador, apoyando á un alto personaje romano llamado Avito, con quien estaba en relaciones diplomáticas, y así alcanzó Teodorico gran influencia en la corte de Roma.

98. La monarquía sueva.—Mientras tanto, los Suevos iban extendiendo su dominio en la Península. Se apoderaron de Mérida y Sevilla, uniendo á su reino la Bética y la Cartaginense. Las tropas romanas, reducidas entonces á la provincia Tarraconense, intentaron con el auxilio de los Visigodos recobrar

aquellas dos; pero fueron derrotadas por el rey suevo Rechila (446). El sucesor de éste, Requiario, siguió la campaña victoriosamente, invadiendo la España Citerior, entrando en Vasconia, asolando la región de Zaragoza en unión con los Bagaudas, y apoderándose de Lérida. Sin más que un pequeño intervalo de paz, continuó la lucha invadiendo de nuevo Requiario la Cartaginense y la Tarraconense. Entonces, Teodorico, que se había mantenido en buena relación con el rey de los Suevos, rompió con él por no haberle atendido en sus recomendaciones para que no atacase á los romanos. Teodorico venció (456), obligando á huir á Requiario, á quien hizo luego prisionero en Oporto. Los Visigodos se condujeron cruelmente con los habitantes de raza romana, generalmente odiados por los pueblos germánicos. Redujeron á esclavitud á muchas personas, sin excluir los sacerdotes, saquearon las iglesias, destruyeron los altares y cometieron mil horrores más.

A pesar de la derrota de Requiario, no terminó el poder político de los Suevos. El mismo Teodorico consintió, aceptando la mediación de los obispos católicos, que se reconstituyese la monarquía sueva en Galicia bajo el mando de un rey llamado Frauta.

99 Nuevas guerras con el Imperio y con los Suevos.—

Teodorico siguió la guerra en España sin dejarse de llamar aliado de los romanos, pero en rigor haciéndola en provecho propio, colocando en los puntos principales tropas godas y saqueando frecuentemente ciudades que pertenecían al Imperio. En 456 (el mismo año de ser vencidos los Suevos), Avito, el emperador apoyado por Teodorico, fué destronado y muerto. El rey visigodo se puso frente al sucesor, Mayoriano, y se dirigió á las Galias con parte del ejército, dejando en España otras tropas y los Borgoñones auxiliares, que invadieron el territorio de Astorga y Palencia portándose cruelmente con los vencidos. Los hispano-romanos sólo consiguieron detener á los Visigodos en el campo atrincherado de Coyanza; pero los generales de Teodorico se corrieron á otros puntos de la Península, asolando muchas comarcas, hasta la Bética (458), mientras diferentes grupos de Suevos saqueaban Lusitania y Galicia.

Teodorico fué menos afortunado en las Galias y tuvo que ajus-

tar paz con el emperador Mayoriano (459), el cual vino á España y preparó aquí una expedición contra los Vándalos africanos. Resultado de esta paz fué que los Visigodos volvieron á combatir á los Suevos, derrotándolos varias veces. En esta campaña, las tropas visigodas estuvieron mandadas por generales romanos. A poco, Teodorico se vuelve contra el emperador y, á pesar de haber sido derrotado en una batalla, se apodera de varias poblaciones de las Galias; luego, llamado por los hispano-romanos de Galicia, que no podían sufrir el yugo cruel de los Suevos, convertidos al arrianismo, guerrea contra éstos nuevamente, hasta que muere asesinado por su hermano Eurico en 467.

Teodorico fué el rey que más hizo por extender el poder político de los Visigodos. No sólo ensanchó los dominios de las Galias, sino que fué el primero (después de Aulfo) que conquistó territorios para sí en España, obrando con independencia del Imperio, con el cual rompe decididamente. Fué hombre de gran talento político, cuidadoso del gobierno, «sobrio en la palabra, lento en el acuerdo, pronto en la ejecución», como dice un contemporáneo; y, á pesar de ser arriano, respetó á la Iglesia católica, reconociendo la jurisdicción del Papa sobre los Obispos del territorio visigodo.

100. Eurico.—La conquista de España.—Los proyectos políticos de Teodorico hallaron una circunstancia favorable para cumplirse al subir al trono su sucesor; pues á poco de este hecho, ocurrió la disolución del imperio romano de Occidente, dominado ya enteramente por los Bárbaros. Un año antes de desaparecer por completo el Imperio, siendo sustituido en Italia por un reino germano, Eurico, solicitado por el emperador Nepos, firmó con éste un tratado (año 475) en que se reconocía definitivamente la independencia del reino godo y se le cedía la Auvernia, hasta entonces romana. En 476, destronado el último emperador (Augústulo), Eurico queda desligado de la alianza y se apodera en nombre propio y para el reino visigodo de muchos territorios de las Galias y de España, que hasta entonces reconocían la soberanía romana. En esta empresa le apoyaron varios magnates romanos de las Galias.

La conquista de la península la comenzó Eurico en 468,

cuando, por la derrota del ejército romano en Italia, no era de temer que viniesen de allá socorros. Empezó la campaña por la Lusitania, apoderándose de Mérida, Lisboa y Coimbra; mas Lisboa fué, á poco, entregada por un traidor á los Suevos. En 476, aliado con los Ostrogodos, conquistó varias regiones del N., por el lado de los Pirineos. Los nobles hispano-romanos levantaron un ejército, con sus siervos y partidarios, para oponerse á Eurico; pero éste los venció, dominando con ello la Tarraconense.

No debe creerse que, mediante estas conquistas, llegaron á dominar los Visigodos en todo el ámbito de la Península ibérica. Aunque no pueda precisarse con exactitud el territorio que ocuparon, parece lo más seguro que les pertenecieran la antigua Tarraconense (excepto, tal vez, lo más montuoso de la Vasconia), casi toda la Cartaginense y varios territorios de la Bética y la Lusitania. El resto de esta última y la Galedia pertenecían á los Suevos, salvo algunas comarcas montañosas que vivieron independientes de todo poder durante muchos años. Es más que probable que en casi todas las antiguas provincias españolas existieran pequeños núcleos de este carácter, dirigidos por miembros de la nobleza hispano-romana, ó quizá de la indígena, los cuales, desaparecido el poder de Roma, tendieron á crear centros de resistencia contra los invasores germanos. Únicamente las Baleares siguieron reconociendo el dominio imperial, no obstante la invasión que de los Vándalos sufrieron.

En las Galias, Eurico se apoderó de la Provenza y de casi todo el SO., llegando por el N. hasta el Loire; y además guerreó con ventaja contra los Francos que pretendían invadir el territorio visigodo, y contra los Sajones (también de origen germánico) que pirateaban en las costas.

101. Poderío y política de Eurico.—Con todas estas victorias y con el gran talento político de Eurico, fué entonces el reino visigodo el más poderoso é influyente de Europa. A su corte, unas veces residente en Tolosa, otras en Burdeos ó Arlés, acudían embajadores de diversos monarcas, incluso los del imperio romano de Oriente, solicitando alianza, y representaciones de muchos pueblos germánicos: Francos, Sajones, Hérulos Borgoñones y Ostrogodos.

Eurico se ocupó mucho en el gobierno interior de su reino, regulando las relaciones jurídicas y haciendo codificar, es decir, reduciendo á forma de leyes escritas, agrupadas metódicamente, las antiguas costumbres de derecho de los Visigodos. De este código de Eurico conocemos hoy, en opinión de algunos autores, varios fragmentos contenidos en un manuscrito que perteneció al convento de San Germán de los Prados; pero otros autores rechazan esta atribución, y afirman que los fragmentos citados pertenecen al tiempo de Recaredo. Los provinciales romanos se regían por sus leyes de origen también romano, aunque á veces adoptaban algunas normas de sus dominadores visigodos. Eurico dió puestos de alta importancia en la administración á personas procedentes de la raza romana; con los obispos y clero católicos tuvo instantes de intolerancia y persecución, aunque no fué ésta sangrienta ni muy larga, y parece que tuvo origen en el desvío de los prelados hacia Eurico durante la guerra contra los imperiales de las Galias (470 al 472) y en el fanatismo arriano de Eurico.

102. Los Francos.—A la muerte de Eurico, en 485, fué elegido rey su hijo Alarico. Tenía por entonces el reino visigodo sus fronteras N. y E. de las Galias con tres reinos diferentes. Al NO. con los Francos, pueblo germánico con quien ya luchó Eurico; al NE. con un territorio romano, independiente bajo el gobierno de Siagrio, y al E. con los Borgoñones, pueblo germánico también, como los Francos. De éstos era el jefe ó rey más importante, Clodoveo (481), cuya capital, Tournay, estaba situada al extremo N. de las Galias, en territorio que hoy es belga. Clodoveo era ambicioso de poder político, y empezó por atacar, en 486, el reino de Siagrio, á quien venció, huyendo el rey romano á refugiarse en Tolosa, al lado de Alarico. El cual, instado por Clodoveo,



Fig. 59.—Jefe franco. (Restitución moderna).